

decir, de pasto en común; los veintiún municipios del país de Cize hacen pacer sus ganados en el valle español de Aezcoa; asimismo el país francés de Baretous tiene derecho de pasto sobre el valle de Roncal, mediante el homenaje anual consistente en la entrega de tres becerras de dos años, sin defectos.

El humor sombrío con que los patriotas vigilan sus fronteras de tierra se manifiesta igualmente en las fronteras marítimas, en medio de las cambiantes olas. El Paso de Calais parece formar una barrera suficiente para que no sea necesario vigilar sus inmediaciones; es un foso de ciudadela suficientemente ancho á los ojos de la guarnición de Douvres, bastión extremo de Inglaterra. Á raíz del gran impulso industrial que hacia la mitad del siglo XIX inclinó á los ingenieros á la empresa de las vías mayores de comunicación, parecía indispensable establecer una vía continua entre las dos principales ciudades del mundo, Londres y París. El estrecho sólo tiene 31 kilómetros de orilla á orilla, y la mayor profundidad donde chocan las grandes corrientes de marea del mar del Norte y de la Mancha que se propagan unas contra otras, sólo es de 54 metros: el todo, como un simple rasguño superficial. Los forjadores de proyectos — puentes, viaductos, conductos tubulares, túneles — se presentaron en gran número; pero en tanto que la empresa pareció quimérica, los gobiernos respectivos apenas se interesaron en el asunto. Cuando últimamente, en 1868, un inventor, Thomé de Gamond, forzó á la opinión pública, después de treinta años de sondeos y de investigaciones, á comprender la formalidad de sus planes, cuando trabajos preliminares sobre las costas de Francia y de Inglaterra demostraron que la obra era perfectamente práctica, las autoridades militares británicas, poseídas de repentino espanto, prohibieron en absoluto la continuación del trabajo: el pensamiento de que unos regimientos invasores podrían aparecer un día saliendo debajo del mar se presentó como espantosa visión. Indudablemente ese temor es pueril, pero está basado en las ventajas incalculables que ha valido á la Gran Bretaña su posición puramente insular. Sin embargo, es seguro que, gracias á ese nuevo camino que uniera materialmente la isla inglesa á su antiguo continente, Londres hubiera visto decuplicar anualmente el número de sus visitantes europeos, y la Gran

Bretaña, convertida en el puente de todo el Mundo Antiguo hacia América, sería por eso mismo el depósito casi exclusivo del comercio continental, en detrimento del Havre, de Dunkerque, de Amberes, de Rotterdam, de Brema y de Hamburgo. Puede juzgarse la pérdida que desde ese punto de vista sufre Inglaterra comparando el número de viajeros que atraviesan anualmente la frontera franco-belga con los que cruzan el estrecho: es cinco veces más considerable para el primer conjunto de vías, y, sin embargo, el grupo Amsterdam-Bruselas dista mucho de ejercer una fuerza de atracción comparable á la de Londres.

No contento con los obstáculos que la Naturaleza ha puesto á la entrada en el Reino Unido, este Estado, á imitación de los Estados Unidos y bajo la misma influencia regresiva que determinó la guerra del Transvaal, ha tomado una decisión á la vez inútil y vejatoria: la visita sanitaria de los viajeros de tercera clase, quienes además han de justificar la posesión de 125 francos. De hecho se niega la admisión á algunas docenas de personas al año, pero se molesta y humilla á millares.

Para justificar la existencia de las fronteras, cuyo absurdo salta á la vista, se saca argumento de las nacionalidades, como si las agrupaciones políticas tuvieran todas una constitución normal y existiera superposición real entre el territorio delimitado y el conjunto de la población consciente de su vida colectiva. Es indudable que cada individuo tiene el derecho de agruparse y de asociarse con otros según sus afinidades, entre las cuales la comunidad de costumbres, de lengua y de historia es la primera en importancia, pero esa misma libertad de agrupación individual implica la movilidad de la frontera; ¡cuán poco de acuerdo está la franca voluntad de los habitantes con los convencionalismos oficiales!

La rebelión de Grecia durante la primera mitad del siglo XIX fué el acontecimiento que más contribuyó á dar cuerpo á ese ilusorio principio de las nacionalidades, al que se ha querido dar una virtud especial, como si el derecho de insurrección tuviera otro origen esencial que la voluntad del individuo uniéndose á otras voluntades. Los prodigiosos acontecimientos que recordaban los clásicos y los

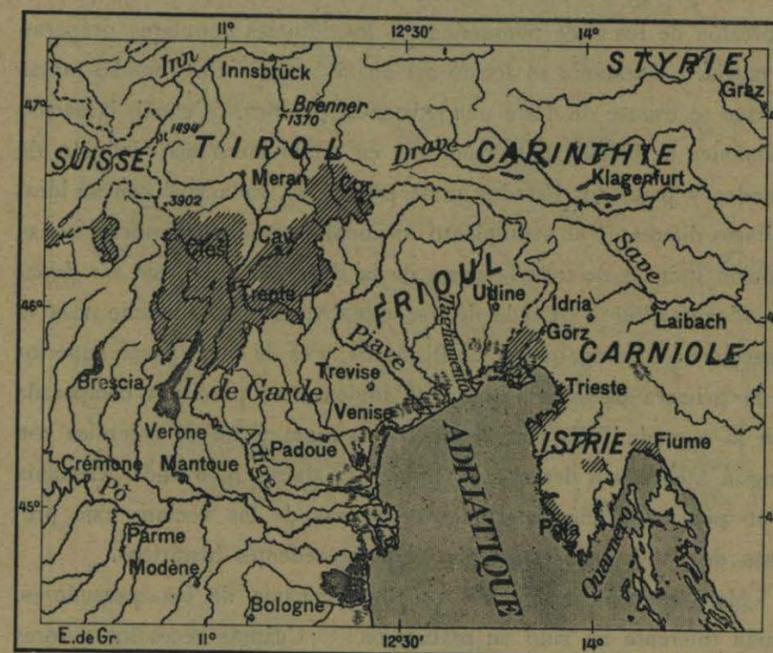
románticos de la burguesía instruída, los nombres de Atenas, de Maratón, de Platea y Salamina obraban sobre los ánimos como un exorcismo: mientras los insurrectos de la Morea y de las islas se rebelaban simplemente para desembarazarse de los exactores osmanlis, sus amigos de la Europa occidental, los «filhelenos», creían asistir á una resurrección de los Milcíades y Pericles; la Grecia antigua surgía de su tumba con los Botzaris y los Capò d'Istria. La oposición de las razas y de las lenguas entre Griegos europeos y Turcos de procedencia asiática, lo mismo que el contraste entre cristianos y musulmanes, entre la cruz y la media luna, ayudaba á fortificar la idea quimérica de la existencia de nacionalidades reales constitutivas de los seres colectivos; la cuestión del origen verdadero de los Griegos modernos, Chkipetares ó Eslavos, sólo estaba planteada para un corto número de eruditos.

Después del experimento de Grecia y de la solución incompleta que le dieron las grandes potencias europeas, vino la formación de Italia, más característica desde el punto de vista de las nacionalidades que la tentativa casi abortada de la emancipación helénica, porque, mientras la nación griega, dispersada sobre todas las costas de Oriente, no ofrece frontera precisa en ninguna parte de su dominio, la población de lengua italiana corresponde de una manera bastante exacta á los contornos geográficos de la Península: *le Alpi che cingono l'Italia*, limitan, excepto algunos enclaves, la comarca *dove suona il sí*<sup>1</sup>. Además, esa unidad italiana, que parecía tan bien indicada por el recinto en anfiteatro de los Alpes, había sido antes aclamada por muchos escritores: desde el tiempo de la Revolución francesa había constituído la reivindicación por excelencia de todos los patriotas de la Península. ¡Y cuántas veces éstos, pasando del deseo á la acción, intentaron la obra de emancipación y de unificación de Italia! El conjunto de esas tentativas constituye una de las epopeyas más notables que nos presenta la historia de los pueblos. Italia «una» se ha hecho ya; sin embargo queda todavía una Italia «no redimida», que comprende Istria, el Trentino y Malta, mientras que la nacionalidad «redimida» convertida en gran potencia, se ha apresurado

<sup>1</sup> Los Alpes que ciñen Italia... donde suena el sí. En la pág. 344, la misma idea: donde suena la lengua alemana.

á imitar á sus antecesoras, atentando contra otras nacionalidades en el continente de Africa para darse un cortejo de colonias, y ocupa la Eritrea y la Somalia oriental, esperando que la muerte del «hombre enfermo» le haga heredera de la Tripolitana y le permita hacer valer sus «derechos» á la posesión de la Albania.

N.º 480. Italia irredenta.



1 : 4 000 000  
0 50 100 200 Kil.

Las partes rayadas están habitadas por Italianos no unidos á la madre patria, ó por Latinos de lengua románica (alrededor de Cles, de Cavalese y de Cortina). Cerca de Trento hay un islote germánico y otros dos en Italia, al este del lago de Garda. Las poblaciones eslavas penetran á lo largo del valle del Save hasta las inmediaciones de Udina.

La tercera gran experiencia, la de Alemania, mucho más complicada, se prosigue hace varias generaciones; pero ¿puede verse seriamente en esta evolución confusa un desarrollo del principio de las nacionalidades? Cuando la nación alemana se empeñó en ese movimiento de unidad, no se hallaba, como Italia, sostenida en su obra por el símbolo visible que da un territorio geográfico bien

claro, marcado por límites precisos. Alemania no tiene fronteras naturales: Galia, Eslavia, Escandinavia y Germania se penetran mutuamente y por intrusiones profundas. Para que pudiera nacer la conciencia común de la Unidad nacional, desarrollarse, alcanzar su madurez de realización, el lazo de cohesión debería ser, no el territorio, sino la lengua ó al menos el parentesco de las lenguas. Fundándose por grados en un mismo dialecto noble, que sirva para la expresión de los altos pensamientos, los idiomas populares preparan la patria. Alemania se formó así en las conciencias mucho antes de que se tratase de darle una existencia práctica. Cuando la nación germánica se hallaba aún recortada en un número mal definido de grandes y pequeños Estados y de provincias, cada cual con su ideal unitario diferente, el sentimiento nacional trabajaba ya por la constitución unitaria de toda la parte de la Europa central, *wo die deutsche Zunge klingt*. Puede decirse que Alemania es mucho más la creación de Lessing que la de Bismarck, y es de notar ¡cuán superior es la primera parte de la obra en lógica y en precisión comparada con la segunda! Es completa, en una pieza y no se complica con ningún atentado á derechos extranjeros; abarca bien toda Alemania y no piensa en engrandecerse á expensas de los vecinos bajo pretexto de política, de estrategia ni de precedentes históricos.

Mas, en comparación de aquella Alemania de los pensadores, ¡cuán diferente ha sido su realización! ¡Cuántas veces los autores del drama han querido consolidar el principio de la nacionalidad por su violación misma, fortificar la patria alemana, apoyándola sobre una zona exterior de territorios que no le pertenecen, y que, en virtud de la lengua, del origen, lo mismo que por la voluntad precisa de los habitantes, son una parte viviente de la carne de otra nación! A pesar de los comentarios, las restricciones y las glosas científicas, no puede haber duda sobre el hecho de la unión de los Alsacianos de lengua alemana, lo mismo que los Loreneses al conjunto político de que París es la capital. No es dudoso tampoco que los Dinamarqueses que viven al norte del Eider hasta la frontera actual del Jylland son verdaderos Dinamarqueses, no menos por el corazón que por la lengua y la tradición de los abuelos. Por último, cerca de siglo y medio ha transcurrido en las llanuras orientales de la Ger-

N.º 481. Área del Pangermanismo.



1: 16 000 000

0 200 400 800 Kil.

Fuera de las fronteras de Alemania, los países habitados por poblaciones de lengua alemana están cubiertos de un rayado estrecho, y los habitados por poblaciones de lenguas germánicas (flamenco-holandés, dinamarqués-noruego, sueco), de un rayado ancho.

Los alófilos del Imperio, Loreneses, Dinamarqueses y Eslavos diversos, están representados por un puntillado. — Algunos pangermanistas reclaman para Alemania toda la Europa central, desde Amberes á la Transylvania y desde Trieste á Dorpat.

mania desde que los Polacos de la Poznanía fueron violentamente atribuidos á Prusia, y los descendientes de los que fueron así arrancados á todo su pasado, han quedado Polacos á pesar de todo, pro-

testando siempre en el fondo de su corazón contra la injusticia imperdonable cometida con su raza.

De ese modo, Alemania como Italia y como Grecia — porque ésta en sus ambiciones nacionales, reivindica como otros tantos Helenos, muchos Rumanos, Albaneses, Eslavos y hasta Turcos de Macedonia, de Tracia y de las islas, — todas esas naciones de grandes apetitos no tienen ya el derecho de reprochar á las otras, Francia, Gran Bretaña ó Rusia, no haber respetado en sus anexiones amistosas ó en sus brutales conquistas, el «principio» de las nacionalidades. El hecho es que unos y otros se han dejado guiar igualmente por un espíritu colectivo de expoliación y de pillaje, y ese espíritu se manifiesta sobre todo cuando se trata de tierras lejanas que se califican hipócritamente de «colonias», aunque en su mayor parte no lleguen á ser lugares de residencia para los emigrados del país conquistador, y queden siendo únicamente comarcas de «explotación» extremada, donde los militares van á «sacrificarse por la gloria de la patria», y donde los especuladores tratan de enriquecerse por el trabajo gratuito de esclavos, de *coolies*, *boys* ó siervos. Como es natural, todos esos atentados se explican por medio de la jerga convencional relativa á la «lucha por la existencia»; nombres de sabios, fórmulas truncadas y afirmaciones pedantescas dan un aspecto filosófico á las antiguas preocupaciones, á las vanidades hereditarias, á las pasiones odiosas. Con palabras griegas y giros alemanes se justifican las matanzas á los ojos de los culpables; les basta llamarse originarios de una raza superior y presentar como prueba la fuerza, la brutalidad misma. «Eso mismo hacían, sin haber aprendido antropología, los antiguos Hebreos cuando degollaban sin remordimiento Filisteos y Amalecitas»<sup>1</sup>.

Pero el patriotismo agresivo se ha hecho sabio durante el curso del siglo XIX para dar más consistencia á esta ilusión de las nacionalidades. Antiguamente los conquistadores no se ingeniaban para enseñar su idioma á los vencidos; al contrario, complaciáanse en ver en ellos seres inferiores, incapaces de elevarse hasta la dignidad de sus amos por el uso de las mismas expresiones, de los mismos ademanes, del mismo sonido de voz; el vencedor gusta de burlarse del

<sup>1</sup> Paul Mantoux, *Pages Libres*, 22 Marzo 1902.

incomprensible tartamudeo de su cautivo: todas las crueldades le parecen justificadas por esta diferencia de lenguaje que, según él, constituye una prueba evidente de desigualdad, en detrimento de aquellos á quienes puede insultar en su bello idioma de victorioso. ¡Cuántas veces, desde las guerras de Galaad y de Efraim, referidas en el libro de los Jueces<sup>1</sup>, se ha recurrido á la matanza de los enemigos porque no habían sabido pronunciar la palabra *Shibboleth* ú otra palabra de paso con el verdadero acento del terreno! Verdad es que no se había descubierto aún lo que se llama el principio de las nacionalidades. Después se han apresurado á disfrazar los vencidos de compatriotas: se les harta de lecciones y de ejemplos para que aprendan la lengua del vencedor, y que, desde la segunda generación, pueda considerárseles como pertenecientes á la raza. Y así, por orden superior, las muestras de las casas, las inscripciones de los coches y los anuncios oficiales están escritos en el idioma de los conquistadores: el Eslovaco, el Servio y el Rumano han de esforzarse por hablar magyar, el Polaco y el Dinamarqués expresarse en alemán y el Bretón ha de rezar en francés.

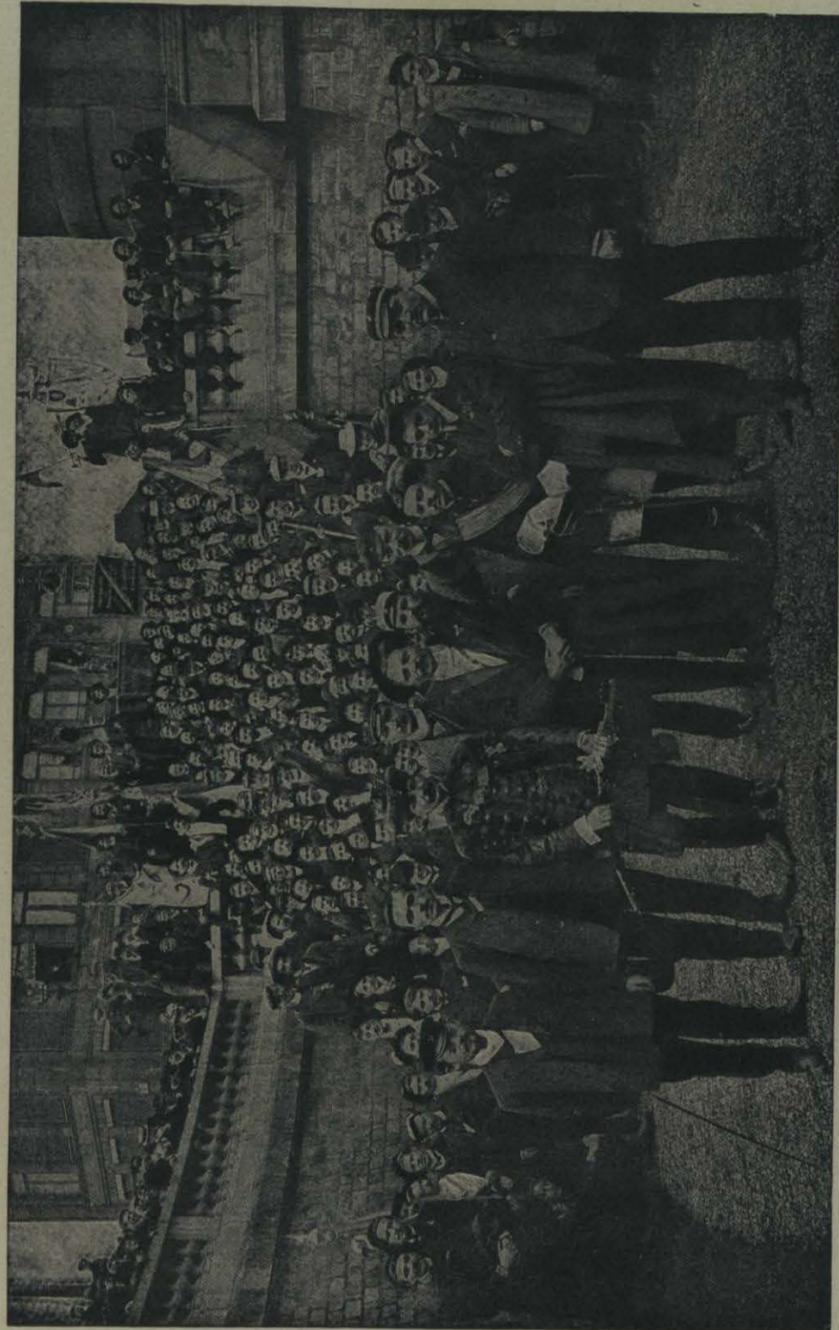
Sin embargo, los odios nacionales se atenúan á pesar de los esfuerzos intentados por los nacionalistas y los gobernantes. Verdad es que existen odios de frontera á frontera, pero ¿qué es ese odio en comparación del que se producía espontáneamente en otro tiempo contra el hombre de fuera sólo porque era extranjero? Todos los viajeros que han visitado varias veces Inglaterra durante un período de algunas décadas, no pueden menos de haber notado progresos admirables realizados en aquel país respecto de benevolencia mutua y de cortesía en la última mitad del siglo. Antes el extranjero debía temer la grosería, y en ocasiones hasta la violencia de los naturales. El continental denunciado á la multitud por su figura, su traje, su lenguaje ó su acento, era ridiculizado é insultado, *Damned Frenchman* era una de las expresiones usuales con que el extranjero, aunque no perteneciera á la nación de los «enemigos hereditarios», solía ser perseguido en sus paseos. El Inglés desconocido, y con mayor motivo el no Inglés, que llegaba á una población por primera vez, no podía

<sup>1</sup> Capítulo XII, vers. 5 y 6.

confiar en el respeto de las gentes, sobre todo, de los niños. En cuanto era notado comenzaba el peligro, principalmente si tenía la desgracia de ostentar algún defecto físico, ó si iba demasiado bien ó mal vestido: «*Bill, there is a stranger, heave a stone at him!*» tal era el grito con que se le acogía<sup>1</sup>. Y con frecuencia la amenaza se cumplía, y el extranjero, apedreado, se veía obligado á refugiarse en un establecimiento, donde todavía le perseguían las risas y las burlas de los concurrentes, entre los cuales los de más edad prolongaban su tormento, sometiéndole como si fuera un espía, á un interrogatorio en regla. A veces se le cortaba la retirada antes de que hallara un asilo, y los insultadores le rodeaban danzando como salvajes alrededor de una víctima destinada al sacrificio. Esa danza era denominada «*to dance the hog*» — la danza del puerco espín. Un escritor muy conocido que ha estudiado profundamente la vida rural en Inglaterra, refiere que su madre, holandesa de nacimiento, no podía salir de su casa sin verse hostigada por perseguidores y sin que se desarrollara en su rededor la ronda feroz. Cincuenta años después ha habido un cambio notable. Sin duda el «hombre viejo» no se ha desvanecido todavía por completo, y en diversos puntos, en los campos lejanos no está el extranjero al abrigo de toda injuria, pero comunmente la cortesía y hasta la benevolencia y la cordialidad se manifiestan bajo todas sus formas.

A pesar de la obstinada persistencia con que los espíritus atrasados se empeñan en conservar y aun en bañar en sangre los límites de la frontera — límites que ni siquiera tienen el mérito de la duración, puesto que cambian con frecuencia, — las cadenas que unen el individuo al suelo natal se han hecho más frágiles, por decirlo así, y los atractivos especiales de cada comarca ejercen menos presión para retener á los hombres. La población tiende cada vez más á repartirse sobre el planeta, según las ventajas de toda clase que presentan los diversas comarcas desde el punto de vista del clima, de los recursos para el trabajo, de las facilidades de la vida y hasta de las bellezas de los paisajes. Gracias á este acuerdo cada vez más acen-

<sup>1</sup> Bill, ahí va un extranjero, tírale una piedra.



Cl. Cayez

Belga

Inglés

Alemania

Noruega

Sueco

Francés

Dinamarqués

Húngaro

Italiano

Euso

Euso

EL CONGRESO DE LOS ESTUDIANTES EN LILLE

tuado entre el hombre y el globo, puesto que cada individuo puede ya prever, anticipar y hasta vivir el día en que se establece sobre un suelo de elección, sobre una tierra que se había « prometido » á sí mismo, se hace una distribución normal de los hombres en las diversas partes de la Tierra en proporción de sus elementos de acomodación. El exodo de unos veinte millones de Europeos hacia la América del Norte ha sido el resultado más importante de esta movilidad del hombre, pero otras regiones templadas y hasta tropicales del Nuevo Mundo se han poblado también y se poblarán todavía más. Una gran parte de las extensiones siberianas y de la China exterior, la Australasia y muchas comarcas africanas reciben y recibirán de la misma manera nuevas poblaciones: el género humano, como el agua del mar, busca su nivel, y actualmente puede hallarlo fácilmente por la desaparición, al menos parcial, de los obstáculos que dificultaban su movimiento.

Como conviene á un organismo tan extenso y tan complejo como es el del cuerpo mundial, el conjunto de la humanidad escoge espontáneamente tal ó cual centro para la gerencia especial de una clase de intereses ó para la discusión profunda de ciertos problemas: lejos de reconocer una capital única, designa, en consideración de las ventajas que de ella han de resultar, una ciudad del mundo civilizado, en Europa ó en el Nuevo Mundo, como lugar de administración permanente ó de reunión temporal. En ciertos casos, los gobiernos, obrando como individuos, eligen la ciudad directora, frecuentemente la iniciativa pertenece á las sociedades científicas ú otras, guiadas en la adopción por la importancia de los trabajos realizados en tal ó cual punto, y algunas veces hasta por la belleza del lugar. Á decenas se han constituido así centros naturales, aceptados por todos en perfecta unanimidad. De ese modo París es la ciudad escogida por todos los Estados para residencia de la « Comisión del metro »; Londres, ó por mejor decir, su suburbio Greenwich, está señalado por el meridiano internacional común, y allá se centralizan los informes relativos á las longitudes terrestres; « la hora de Greenwich » regula los cronómetros de todo el mundo, según un modo de convenio al que únicamente Francia ha negado su aprobación. Berna, que no pasa de ser una humilde capital comparada con las grandes ciudades del mundo, ha sido tomada para estación central de organización

para Correos y Telégrafos, como también para órgano internacional de los Ferrocarriles, el secretario de las Sociedades de la Paz, la oficina de Propiedad artística y literaria, etc., etc. Las sociedades sabias se agrupan alrededor de Roma para la estadística, y los geólogos se dirigen á Berlín para la confección de su mapa común, mientras que Bruselas, ya centro del «Instituto Colonial Internacional» y de la «Oficina geológica», se ocupa de dirigir á los bibliógrafos el boletín de todos los libros, artículos y documentos diversos publicados cada año<sup>1</sup>. Ginebra es la residencia de la «Convención» para la asistencia de los heridos en los campos de batalla; Estrasburgo centraliza los informes relativos á la seismología; un palacio ha de erigirse en La Haya para recibir los «delegados de la paz», etc.



UN ESQUIMAL

Además de los centros de actividad que conviene no desplazar para conservar la regularidad del trabajo, hay puntos de reunión, variables cada año ó en diferentes períodos, que atraen los interesados, sabios, artistas, industriales ú otros, hacia las comarcas que, según las épocas ó el trabajo especial de que se trate, parece que tienen la mayor fuerza de atracción. Esos puntos de reunión se convierten en realidad, durante algunos días, en los centros naturales donde espontáneamente se dirige la vida de la humanidad. Los congresos itinerarios pasean libremente sobre la Tierra sus obras colectivas.

Ampliándose el espacio, la mejor organización de los recursos permite á la población aumentarse indefinidamente de año en año, de década en década, y cada nueva evaluación hecha por los etnógrafos desde el principio del siglo XIX, prueba que hay un notable aumento. ¡Y sin embargo, se han verificado inútiles exterminios, como si al hombre le faltase sitio para vivir! Verdad es que en la serie de tribus eliminadas, se cuentan muchas que no se han supri-

<sup>1</sup> «L'Office Bibliothèque» de Bruselas ha adoptado la clasificación decimal (Principio Melvil Dewey).

mido voluntariamente y que han muerto sólo á consecuencia de haber sido impotentes para hacerse un nuevo medio. Los Europeos van por todas partes acompañados de un cortejo de enfermedades, terribles guardias de corps de que suelen servirse inconscientemente llevándolas por delante para hacerse sitio, y merecen el nombre que les dan los Tinehs de la América boreal, *Ewie Daellini*, «los que arrastran la muerte tras de sí»<sup>1</sup>. De ese modo han desaparecido hasta el último muchos insulares oceánicos, no porque se les haya exterminado de propósito deliberado, sino indirectamente por el medio creado á su alrededor. Así también la llegada del hombre blanco á las regiones boreales ha hecho desaparecer los autóctonos. Y los Lapones rusos de la península de Kola se hallan evidentemente en vía de extinción: enfermos en su mayor parte, cubiertos de llagas y de úlceras, sucios y nauseabundos, tristes y desinteresados de sí mismos, disminuye gradualmente su número, y no cuentan ya, al principio del siglo XX, más que 16,000 individuos repartidos en veinticinco villas, sobre un espacio de unos 100,000 kilómetros cuadrados<sup>2</sup>. Los Esquimales de la Groenlandia polar eran todavía 300 en 1890; doce años después habían disminuído un tercio (Peary). Del otro lado de las tierras boreales de América, desde la punta Barrow á las islas Aleutianas, no hay más que 500 indígenas, donde vivían cinco veces más á la mitad del siglo XIX. Empobreciendo los mares boreales, los balleneros han suprimido los recursos que permitían á los ribereños continuar el combate de la vida.

La destrucción de los aborígenes ha sido frecuentemente voluntaria: el fusil, el veneno, los contagios conscientemente diseminados han hecho obra de muerte. Así los colonos de la Tasmania mataron todos los «negros» de la isla; hasta se daban primas á los asesinos para adelantar la tarea, y había cazadores dedicados á la



UN NIÑO ESQUIMAL

<sup>1</sup> Petitot; Elie Reclus, *Le Primitif d'Australie*, págs. 371 y siguientes.

<sup>2</sup> Gæbel, *Globus*, n.º 16, 23 de Octubre de 1902.